



E L D U E N D E V E R D E

# LAS SOMBRAS SE DESPIDEN AL MEDIODÍA

Gabriel García de Oro

Ilustración: Beatriz Castro



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y  
actividades que está a disposición del profesorado  
en nuestra web.*

© Del texto: Gabriel García de Oro, 2019  
© De las ilustraciones: Beatriz Castro, 2019  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, marzo 2019

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-4844-9

Depósito legal: M-47-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Gabriel García de Oro

**LAS SOMBRAS  
SE DESPIDEN  
AL MEDIODÍA**

Ilustración: Beatriz Castro

# Q U E R I D O L E C T O R

No podía dormir y ya me había aburrido de contar ovejas, llegué hasta la 1278. Entonces empecé a mover las manos, como un bebé en la cuna. De repente apareció la sombra de un perro y me vino toda la historia a la cabeza. Coco. El niño. Las sombras. Increíble. Solo con pensar, podía estar en medio de sus conversaciones, sentir sus penas, sus preocupaciones. ¡Todo! Ellos no me veían, yo sí. Era magia, y me encantaba.

Al principio, bien. Luego, mal. Cada vez quería pasar más tiempo con todos ellos. Y tuve problemas. Andaba despistado, cansado, con mucho sueño. Al final entendí que tenía que despedirme. La única manera era sacando la historia de mi cabeza, es decir,

escribiéndola. De eso va este libro. De saber decir adiós a cosas importantes. No para olvidarlas, sino para que estén con nosotros de otra manera. Yo siempre puedo leer el libro para conseguir que este mundo siempre esté conmigo. Ahora espero que te guste y que, de alguna forma, esta historia, también siempre esté contigo.

Bueno, me despido. Ya sabes, no quiere decir que no nos volvamos a ver de alguna u otra forma. ¿Quién sabe?, a lo mejor en forma de sombra...

A handwritten signature in black ink, which appears to be 'Gabriel García Márquez'. The signature is stylized and somewhat abstract, with the first name 'Gabriel' written vertically on the left and the last name 'Márquez' written horizontally on the right, with 'García' in between. There are some additional scribbles and lines extending from the end of the signature.

*A Francisco Ávila,  
para siempre en el lugar  
más soleado de nuestros corazones.*

# 1

---

## SOPLAR PARA DETENER LAS OLAS

**MUCHOS CUENTOS** empiezan con «Érase una vez». Otros lo hacen con «Hace mucho, mucho tiempo» y algunos con «En un reino muy, muy lejano...». Si esto fuera un cuento, también empezaría así. No lo es. Esto es una historia que viví cuando tenía más o menos tu edad. ¿El reino lejano? Mi habitación o, mejor dicho, las paredes de mi habitación. Así que, para empezar, diré que no hace tanto tiempo, en un lugar muy cerca de aquí, mis padres vinieron a buscarme al colegio. Y eso era raro.

—Hola —dije yo primero.

—Hola, hijo. —Mi padre me tocó la cabeza con suavidad.

Mi madre no dijo nada, se agachó y me dio un beso tan largo que lo normal hubiera sido protestar, pero hay besos por los que no se protesta.

—Hoy no hace falta que vuelvas a casa con tus amigos, aquí estamos. —Mi padre abrió los brazos en un gesto de ¡tachán!

—Cariño, podemos ir a merendar a ese lugar que te gusta tanto...

Sonrió, o tal vez forzó una sonrisa. Daba igual, consiguió tranquilizarme y pensé que no había nada malo en que mis padres viniesen a buscarme al colegio. Además, me encantaba ir a Le Tigré, el lugar donde hacían los mejores *cupcakes* del mundo y que, por si fuera poco, venían con risas incluidas. Sí, risas. Mi padre siempre los llamaba «magdalenas» y mi madre y yo nos reíamos de él. Le decíamos que en qué siglo vivía. Pero ese día no hubo risas. No habíamos ni llegado y ya pensaba que mejor hubiese sido ir a casa. No porque discutieran o me agobiaran. Era por el silencio, como el que hay después de una gran bronca o una enorme pelea.

Yo me distraía con esto, con lo otro, subiendo y bajando de la acera. Daba igual, con cualquier



cosa, y pensé que estaban cansados o algo aburridos y que por eso me habían venido a buscar. «Pues no pasa nada —me dije—, si hay que ir a Le Tigré a comer un *cupcake*, perfecto. ¿Cuál me puedo pedir? ¿El de chocolate blanco? ¿El de pistacho? No, ese no. Se lo pedirá mamá y nunca se lo acaba. Seguro que me da un buen trozo. ¡Ya lo tengo! Me pediré el de tres chocolates con virutas de chocolate. Sí, ese. Seguro que papá también se lo pide, pero él se lo zampa tan deprisa que no me deja ni una miga».

Me imaginé a mi padre con la boca tan llena de *cupcake* que no podía ni decir «magdalena». Eso me hizo bastante gracia. Me seguí distrayendo y enseguida me había olvidado del silencio.

En Le Tigré acerté en todo. Mi madre, pistacho. Mi padre, el mismo que yo. Mi madre me dejó un buen trozo extra. Mi padre se lo comió tan rápido que era como si el camarero se hubiese olvidado de traerle el suyo. Incluso mi madre le dijo:

—Enrique, un día te vas a atragantar.

Yo me reí y le pregunté si podía decir «magdalena». A él no le hizo tanta gracia, e intentó dibujar una sonrisa, aunque no le salió muy bien.

Seguí con mi *cupcake*, terminé el de pistacho y justo después vi a mi amiga Sara. ¡Qué bien! La tarde mejoraba. Me levanté, fui a saludarla, se alegró de verme y jugamos a yo qué sé qué, y todo muy bien hasta que salí de Le Tigré y crucé la puerta con un potente salto y me imaginé atravesando un portal interestelar que me llevaría a otro mundo, a otra dimensión cósmica llena de peligros y aventuras. En parte, eso es lo que pasó.

Recién cruzado el portal interestelar, mis padres se pusieron a mi lado.

—¡Oh, no! He caído en el planeta de los malvados robopadres y quieren detenerme para llevarme ante su rey. Chiu-chiu, chiu-chiu. —Disparé un láser paralizante que me salía directamente de los puños.

—Hijo, ven un momento. Queremos hablar contigo.

¡Oh, no! Ellos también tenían un rayo paralizante. Y el suyo me alcanzó de lleno. Ese «hijo» que lanzó mi madre no podía significar nada bueno.

—Vamos paseando.

Obedecí a mi padre. Y mi madre continuó:

—Sabes que el veterinario nos dijo que Coco estaba enfermo...

—¿Coco? ¿Qué...? ¿Qué?

Mi madre no contestó. Se agachó, intentó abrazarme, pero yo di un paso hacia atrás. Quería preguntar una vez más:

—Pero Coco hoy estaba bien. Cuando he ido al cole, él...

No podía andar. No podía moverme. No quería llorar. Llorar era como creérselo y no quería creerme que Coco ya no estaba. Respiré muy fuerte. Para que no se me saliesen las lágrimas. Fue tan inútil como soplar para detener las olas.



# Í N D I C E

1. Soplar para detener las olas.....	7
2. Nadie me pedía que dejase de llorar.....	12
3. El peor nombre de perro de todos los tiempos.....	18
4. Nuestras dos sombras convertidas en una .....	27
5. Un camino tenebroso que nos unía.....	37
6. El Increíble Circo de Cucarachas y Otros Bichos.....	46
7. Los dientes de punta .....	56
8. Otra puerta interestelar que no crucé...	67
9. Tan normal que nadie le hizo caso.....	75
10. Un adiós que nos sirviera para siempre.....	82
11. Las sombras se despiden al mediodía.....	92



## EL DUENDE VERDE

Coco, el perro de Enrique, acaba de morir. Eso pone muy triste al niño, que no sabe cómo llenará el vacío que su mascota ha dejado.

Cuál no será su sorpresa cuando esa misma noche la sombra de Coco aparece en su habitación para jugar con él, y no vendrá solo. Pero será mejor mantener el secreto, porque seguro que a los mayores esto les parece muy extraño.

Edad recomendada  
para este libro:

**A partir de 8 años**

ISBN 978-84-698-4844-9



9 788469 848449

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1571218

**ANAYA**